

TRANSFORMACIONES DE LA ELITE ECONÓMICA DE BUENOS AIRES EN EL SIGLO XIX: CONSIDERACIONES EN TORNO AL EJEMPLO DE LOS SENILLOSA

ROY HORA*

Este artículo analiza algunas características de la élite empresarial porteña del siglo XIX. Este problema es abordado desde la perspectiva que ofrece la familia Senillosa. Felipe Senillosa arribó al Río de la Plata poco después de la Revolución de Independencia y rápidamente se labró una posición como hombre de fortuna. Este expulsado de la España de la restauración absolutista fue uno de los protagonistas de la expansión ganadera de la primera mitad del siglo XIX, y en el curso de su vida alcanzó a adquirir vastas extensiones de tierra en la pampa. Ello le permitió legar a sus herederos una fortuna de proporciones apreciables, que incluía, además de sus estancias bonaerenses, diversos emprendimientos mercantiles. Sus hijos ocuparon lugares expectables entre la elite socioeconómica porteña de la segunda mitad del siglo XIX, y fueron reconocidos como destacados empresarios del sector rural. La siguiente generación no logró emular los éxitos de sus mayores, y para el Centenario muchos de ellos ya no se encontraba entre las familias más encumbradas de la Argentina.

Los Senillosa resultan un ejemplo particularmente notable no sólo del ascenso de una familia hasta el centro de la elite económica; también informan sobre el camino, menos conocido pero por ello no menos frecuente, de descenso de esa posición encumbrada hacia otras más modestas. Colocada en su propio contexto - el de la tan central como poco conocida historia de las elites argentinas - la trayectoria de los Senillosa resulta altamente ilustrativa de las fortalezas y las debilidades de esta clase propietaria de base agraria, y permite avanzar algunas hipótesis sobre los orígenes y transformaciones de este grupo social. En este sentido, el análisis de esta familia resulta de utilidad para entender las características de la elite económica decimonónica. En particular, permite comprender las razones por las cuales, en cierto momento del período que nos interesa analizar, un patrón de inversiones diversificado parece haberse vuelto habitual entre los miembros de este grupo, y por qué, más tarde, éste fue gradualmente reemplazado por uno signado por la especialización funcional.

Un análisis de este problema obliga a referirse a las ideas de Jorge F. Sábato. En su influyente *La clase dominante en la Argentina moderna*, Sábato ha presentado una sugestiva interpretación sobre las características de la elite económicamente dominante, que enfatiza la importancia de la diversificación de activos entre los grandes empresarios de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Reaccionando contra visiones más tradicionales de la elite finisecular, que enfatizan su carácter terrateniente, este autor ha sugerido que nos encontramos frente a un dinámico empresariado que para fines del siglo XIX ya carecía de toda identificación con la tierra y la producción rural, a las que concebía simplemente como una de tantas esferas en las que valorizar su capital.¹ Estas ideas han encontrado acogida favorable entre numerosos estudiosos, y se han convertido en una referencia obligada para el análisis de los grupos dominantes argentinos.²

Significativamente, Sábato ha presentado a Pastor Senillosa, uno de los miembros más destacados de esta familia, como un ejemplo paradigmático del empresario que dispersaba sus activos entre múltiples esferas de actividad con el fin de obtener retornos más altos. Ese trabajo muestra que esta visión requiere ser revisada. Un estudio más cuidadoso muestra que Pastor

Senillosa era, antes que nada, un estanciero. Como veremos, Senillosa conservó hasta el fin de sus días sus principales activos en tierra, y si bien es cierto que también invirtió en otras esferas de actividad, conviene señalar que esta decisión no estaba orientada, como sugiere Sábato, por el imperativo de maximizar el beneficio empresarial. En su caso, la diversificación de activos se entiende mejor como parte de una estrategia destinada a dotar a sus descendientes de fuentes de ingreso alternativas dada la insuficiencia de su base territorial. Más en general, la trayectoria de esta familia indica no sólo que el caso particular de Pastor Senillosa no encaja en la visión general sobre el gran empresariado argentino propuesta en *La clase dominante en la Argentina moderna*; también sugiere que esta interpretación en su conjunto debe ponerse en entredicho.

a. Un empresario diversificado de la primera mitad del siglo XIX

Felipe Senillosa, el primer miembro de esta familia en pisar el Plata, llegó a Buenos Aires por razones algo azarosas. Senillosa había nacido en Valencia en 1790, y como su padre, siguió la carrera de las armas. Sus estudios de ingeniería militar, que inició en Alcalá de Henares, se vieron interrumpidos en 1808, cuando debió dejar las aulas para combatir la invasión francesa a la península, sólo para caer prisionero al año siguiente. A este joven oficial de convicciones republicanas no le costó gran esfuerzo poner sus habilidades al servicio del ejército francés, y tras completar nuevos estudios de ingeniería militar en Nancy, sirvió a Francia en las campañas del norte de Europa. Tras la derrota de Napoleón, Senillosa intentó volver a la Península, pero la España de la restauración borbónica no lo acogió favorablemente, por lo que se vio obligado a emigrar. Marchó a Londres, donde entró en contacto con revolucionarios rioplatenses como Rivadavia y Belgrano, que lo invitaron a trasladarse al Río de la Plata.

Senillosa llegó a Buenos Aires en 1815, sin otro recurso que los saberes propios de su profesión de ingeniero militar y los que resultaban de sus diversas inquietudes intelectuales. Este capital cultural no debe subestimarse, pues le permitió ganarse rápidamente una posición expectable en la sociedad rioplatense. Los cuerpos de ingenieros del ejército napoleónico en los que se había formado eran entonces un ámbito especialmente hospitalario con las prestigiosas ideas sobre la ciencia y la técnica que se habían desarrollado en la Francia ilustrada, y de las que este inmigrante fue un ferviente cultor. Senillosa siempre prefirió tomar distancia de los agudos conflictos políticos de la sociedad que lo alojaba, y desde su arribo puso sus talentos al servicio del nuevo estado, y mantuvo esta actitud a lo largo de las décadas, sirviendo a gobiernos de distintas coloraciones políticas. Los cargos que ocupó desde su arribo al Plata son ilustrativos de este proyecto puesto al servicio del estado antes que de cualquier solución política en particular: profesor de la Cátedra de Matemáticas del Estado en 1816, director de la Academia de Matemáticas al año siguiente, catedrático de geometría descriptiva de la Universidad de Buenos Aires en 1822. Desde fines de la década de 1820 también ocupó una banca en la Sala de Representantes de Buenos Aires, que mantuvo a lo largo de la dictadura de Juan Manuel de Rosas. En esas décadas recibió regularmente encargos para diseñar residencias (entre las que se le atribuye la del propio Rosas en Palermo), edificios y paseos públicos, iglesias y monumentos mortuorios, reveladoras en sí mismas del prestigio que rodeaba su nombre.

El nombre de Senillosa también se asocia a la historia de una institución estatal de gran importancia en el período como fue el Departamento Topográfico. Senillosa integró, a comienzos de la década de 1820, la Comisión Topográfica y colaboró en la organización del Departamento homónimo, creado en 1824, y cuya presidencia alcanzó en 1827.³ La fundación

del Departamento indica la creciente importancia atribuida a la propiedad rural en el mundo inaugurado por la Revolución de 1810, que llevó a las autoridades independientes a concluir que ya no resultaba posible continuar mensurando las parcelas en la forma tradicional, esto es, midiendo los frentes sobre los cursos de agua, sin prestar mayor atención al fondo (y por tanto a la superficie) de los lotes. Durante el período colonial, la campaña de Buenos Aires había atraído escasa atención de parte de las autoridades. Esta situación, claro está, no era contradictoria con los objetivos centrales del estado y de los grupos dominantes de la colonia. Los principales intereses de los mayores empresarios y de los burócratas coloniales giraban en torno a la extracción de metal precioso de las minas del Potosí y el control del tráfico mercantil con el Alto Perú, pues estos eran los verdaderos motores de la economía colonial y la fuente de ingreso de sus grupos dominantes. La campaña de Buenos Aires no sólo carecía de verdadera importancia económica sino que se encontraba mayormente poblada por pequeños productores, cuyos intereses no ocupaban un lugar destacado entre las preocupaciones de la administración colonial, a punto tal que hasta la Revolución de 1810 el estado siempre se mostró más interesado en garantizar la regularidad del abasto urbano que en establecer sobre bases firmes el régimen de la propiedad rural.

La Revolución obligó a redefinir las relaciones del estado y las elites económicas con la campaña. Las elites mercantiles de Buenos Aires, que controlaban los circuitos que giraban en torno al tráfico con el Alto Perú, pronto perdieron todo control sobre este espacio, que quedó en manos realistas. Mientras que las actividades comerciales vinculadas al mercado altooperuano entraban en crisis, el comercio libre impulsó a la economía del Río de la Plata a orientarse hacia el Atlántico, y en particular hacia la exportación de productos pecuarios. Desde mediados de la década de 1810, y con mayor fuerza desde la década de 1820, la ganadería comenzó a atraer capitales que ya no encontraban colocación redituable en las actividades mercantiles habituales de la etapa colonial tardía. Los comerciantes extranjeros que llegaron al Plata atraídos por la apertura al mercado mundial, y que pronto comenzaron a asediar las posiciones de los mercaderes locales, también ayudaron a volcar las fortunas mercantiles hacia la tierra y el comercio de frutos de exportación.⁴ Los empresarios que se volcaron a la producción rural, nuevos o viejos, no dejaron completamente de lado los emprendimientos mercantiles. Las recurrentes crisis políticas de la primera mitad del siglo, las guerras civiles y externas, los bloqueos que por largos años sufrió el comercio de exportación, aconsejaban no depender de una única fuente de ingresos. En este sentido, la transformación en los patrones de inversión que sucedió a la independencia puede describirse como la incorporación de una nueva actividad productiva que, aunque de importancia capital, no desplazaba sino que se sumaba a emprendimientos diversos: comercio de importación y exportación, actividades financieras y mercantiles, renta urbana.⁵

La producción pecuaria para exportación, marginal en la etapa colonial, emergió así como la principal actividad productiva del país independiente, y comenzó a atraer hombres y recursos de otros sectores de la economía. El estado intentó, en la medida de sus magros recursos, impulsar este proceso, con el fin no sólo de reorientar la economía hacia la producción sino también de dotarse de una nueva y más sólida base financiera. Al mismo tiempo que colaboraba en los proyectos estatales destinados a dotar de bases más firmes la propiedad de la tierra, Senillosa se sumó a esta aventura. En ese entonces este inmigrante no disponía de capital (cuando contrajo enlace con Pastora Botet en 1819 sólo contaba con 3.000 pesos fuertes, una cifra que no alcanzaba al 0,4 % de lo que dejaría a sus herederos) pero en cambio poseía un conocimiento particularmente valioso de la frontera. En repetidas oportunidades a lo largo de la década de 1820, Senillosa realizó expediciones de reconocimiento y mensura de las nuevas tierras ubicadas al sur del río Salado. A comienzos de

la década de 1820, Senillosa mensuró los campos que los Anchorena poseían en Los Camarones, en las nuevas tierras del sur que se incorporaban a la producción, y en 1825 volvió a recorrerlas en una expedición que encabezó junto a Rosas y Lavalle. El conocimiento profundo de esta región que alcanzó en esos viajes le permitirían tener una idea muy clara de donde comprar nuevas tierras o instalar explotaciones. En esta etapa inicial de la reorientación hacia la actividad rural, Senillosa hizo buen uso de la enfiteusis, un sistema de arriendo de tierras estatales a bajo costo que ofrecía un instrumento que parecía diseñado especialmente para ingresar en la actividad pero no contaban con capital suficiente para comprar tierra (o, más frecuentemente, se mostraban remisos a inmovilizar recursos con este fin). Senillosa se contaba entre los primeros, por lo que no sorprende encontrarlo arrendando 12 leguas en San Vicente y otras 2,2 en Salto.⁶ Para fines de la década de 1820, ya lo vemos comprando, aunque modestamente.⁷

La afirmación de Senillosa como propietario rural tuvo lugar en los años rosistas, y seguramente se vio favorecida por la política de transferencia de tierras públicas a manos privadas a bajo costo impulsada por Rosas. En esos años, nuestro hombre compró dos grandes propiedades, haciéndose dueño de cerca de 40.000 hectáreas de tierras ganaderas, ubicadas en la zona de nueva colonización allende el río Salado, una región dominada por la gran propiedad. Aunque no conocemos el monto que debió abonar por esas compras, el mismo seguramente no alcanzó al 20 % de la inversión necesaria para poblar esas tierras con ganado.⁸ A comienzos de la década de 1840 Senillosa tenía poblada una estancia de 12 leguas sobre el Arroyo Chico, en el partido de Ayacucho, y también poseía tres leguas en la margen sud-oeste del río Salado, en el partido de Pila. Senillosa eligió bien estas tierras. Las mismas estaban convenientemente ubicadas sobre cursos de agua y poseían abundantes aguadas permanentes, por lo que resultaban particularmente aptas para la primitiva ganadería previa a la era del alambrado y las aguadas artificiales, que comenzaría a transformar la campaña en las décadas de 1870 y 1880. Sabemos poco sobre la historia de estas estancias en su etapa temprana, aunque no caben dudas de que Senillosa fue un empresario muy activo: estuvo entre los primeros en iniciar la explotación lanar, y para 1842 ya tenía pastores irlandeses y criollos criando ovinos a porcentaje.⁹

Senillosa sumó a sus actividades rurales otras comerciales, financieras y rentísticas. Como ya hemos señalado, la diversificación de activos remite a una estrategia de acumulación típica de la elite económica bonaerense en el medio siglo que sucedió a la independencia, y que parece especialmente adecuada para enfrentar las cambiantes alternativas de un clima económico muy inestable. Así, por ejemplo, durante los largos años en que el puerto se vio paralizado por los bloqueos de la década de 1840, Senillosa señalaba que Buenos Aires asistía a una expansión de la construcción urbana, pues esta actividad, al abrigo de la interrupción del comercio de importación y exportación, era una de las pocas que entonces permitía hacer buenos negocios.¹⁰

Senillosa no sólo invirtió capital en la construcción urbana. Para la década de 1840, nuestro hombre ya tenía instalada una casa comercial dedicada a la importación y venta de productos extranjeros, entre ellos vino y cigarros y otros efectos peninsulares. Además, Senillosa explotaba una balsa que cruzaba pasajeros y carga en sus tierras sobre el río Salado, y también controlaba dos almacenes rurales ubicados en sus estancias de El Venado y Arroyo Chico, que se encontraban a cargo de habilitados. Estas pulperías cumplían una segunda función, quizá más importante que la comercialización al menudeo. Servían para acopiar frutos del país (cueros, lana, tasajo, pieles, etc.) que se exportaban a destinos entre los que se cuentan

el Caribe español, Londres y la propia España.¹¹ Resulta destacable la estrecha vinculación entre los negocios de Senillosa y la tierra de la que había partido. Carecemos de información sobre los motivos de este fenómeno, y sólo podemos conjeturar que estos vínculos le sirvieron para ganarse un lugar en el mercado peninsular. Esta presunción se afirma cuando recordamos que la mujer con la que contrajo matrimonio, Pastora Botet, era hija de un comerciante en cueros catalán o valenciano, con actuación ya a fines del periodo colonial. Aunque Senillosa no parece haber recibido capital como dote de su mujer, de todos modos parece haber heredado algo quizá más importante: un mundo de relaciones mercantiles. En 1845, Senillosa también ingresó en el negocio de elaboración de productos de exportación, cuando compró un saladero en sociedad con Adolfo Mansilla por valor de unos 8.500 pesos fuertes. A lo largo de los años la escala de sus operaciones se incrementó; en 1862 El Reloj, que ya pertenecía en su totalidad a Senillosa, fue valuado en una cifra siete veces más alta.¹²

Considerando este panorama, parece difícil describir a Felipe Senillosa simplemente como a un estanciero, pues para él la producción rural no era sino parte de una empresa comercial más vasta, centrada en la ciudad. De hecho, en 1850, este señor de 40.000 hectáreas de tierras ganaderas le recordaba a uno de sus corresponsales en el extranjero que “mi principal ocupación es hoy la de comerciante en los negocios de ultramar.”¹³ Una rápida mirada sobre el patrimonio que legó a sus herederos tras su fallecimiento en 1858 indica algunas razones de esta auto-percepción. Senillosa dejó \$ 12,9 millones, o unos \$F 800.500 (una suma considerable, que representaba cerca del 12 % de las erogaciones totales del gobierno federal de la Argentina unificada durante el año 1864¹⁴). ¿Cómo estaban invertido este dinero? Aunque el peso de la tierra en el conjunto del patrimonio es indudable, Senillosa puede describirse mejor como un empresario diversificado que, simplemente, como un terrateniente. La partición de sus bienes lo indica con claridad. El valor de sus estancias fue estimado en \$ 6.400.000 (la tierra en \$ 3.200.000, el ganado en \$ 3.020.000 y las mejoras en \$ 223.000, a lo que debe sumarse). Esta cifra representaba el 48 % del valor total de sus bienes. Senillosa poseía unas chacras en Quilmes por valor de \$ 200.000, o un 1,5% del patrimonio, y dos propiedades urbanas y una quinta en Barracas, cuyo valor fue estimado en \$ 1.650.000, o un 12,8 % del total de los bienes. La casa comercial fue tasada en \$ 1.200.000, y el saladero en \$ 950.000, lo que equivalía al 9,3 % y al 7,4 % del patrimonio respectivamente. Las pulperías, separadas de la casa comercial, fueron valuadas en \$ 400.000, o un 3 % del patrimonio. Finalmente, la sucesión repartió, a lo largo de varios años, \$ 2.100.000 en metálico, equivalentes a un 16 % de los bienes totales.¹⁵

¿Hasta que punto este patrón de inversión diversificado resulta excepcional entre la elite económica de la época? Un trabajo reciente de Juan Carlos Garavaglia nos ofrece un panorama fidedigno de las formas de acumulación de riqueza del período 1820-1853, y nos permite colocar a Senillosa en perspectiva. Basándose en un estudio de inventarios de grandes empresarios rurales, que poseían en promedio más de 29.000 hectáreas, este autor concluye que la inversión en estancias alcanzaba al 42 % y aquella en propiedad urbana a un 30,3 % del patrimonio. Le seguían en importancia el dinero en efectivo con un 10 %, los créditos activos con un 5 % y las chacras y quintas con un 3,5 % del total del patrimonio.¹⁶ Aun considerando las peculiaridades propias de cada caso individual, lo que llama la atención es la homogeneidad entre el patrón de inversión de la fortuna que estamos analizando y los datos para todo el grupo en consideración. El patrimonio de Senillosa se distingue poco de otras fortunas, y más bien resulta típico del empresariado de la primera mitad del siglo XIX.

No resulta sencillo reconstruir cuáles fueron los pasos que le permitieron a Senillosa la adquisición de un patrimonio tan significativo. Como en toda historia empresarial, en esta

también existen aspectos singulares y por tanto irreductibles a una explicación general: azar, talento empresarial son dimensiones difíciles de evaluar a la hora de entender la evolución de una fortuna. Lo que es preciso, en todo caso, es reconstruir el contexto en el que una historia empresarial se vuelve comprensible. Si hay una clave que explica el enriquecimiento de Senillosa, ella radica en su habilidad para sacar provecho de las bruscas transformaciones que afectaron a la economía rioplatense en las décadas que sucedieron a la Revolución de Mayo, entre las que se destacan la crisis del sistema económico tardocolonial y el vuelco hacia la producción ganadera. Hasta mitad del siglo, la ganadería porteña estuvo caracterizada, como lo señaló hace ya tiempo Halperin Donghi, por “ganancias muy elevadas y, sobre todo, modestas inversiones iniciales de capital.”¹⁷ El bajo precio del suelo (que se mantuvo por décadas gracias a la incorporación de tierras nuevas¹⁸) y la simplicidad técnica de la ganadería abrieron un amplio campo de oportunidad para individuos que, como este inmigrante, poseían más ambiciones que capital. Aunque Senillosa era un hombre nuevo en Buenos Aires, de todos modos poseía un recurso que pocos de sus congéneres podían igualar. No sólo se había integrado a la elite política y social de Buenos Aires, sino que además tenía un conocimiento bien preciso acerca de la región al sur del Salado, y en consecuencia sabía bien donde solicitar al Estado en enfiteusis y donde comprar tierras fiscales. Gracias a esta situación peculiar –un conocimiento de primera mano de los mecanismos para acceder a buena tierra a muy bajo precio, y un contexto que permitía la instalación de una empresa rural con una reducida inversión inicial- Senillosa pudo extender crecientemente el volumen de sus operaciones rurales, y al mismo tiempo diversificar sus inversiones hacia otros sectores de la economía.

Senillosa arribó a Buenos Aires cuando apenas despuntaba la ocupación sistemática de los territorios al sur del Salado, la región donde se construyeron las mayores fortunas territoriales de la Argentina decimonónica. En esta etapa inicial de crecimiento agrario y expansión de la frontera, el incremento de los valores inmobiliarios fue tan moderado (y partió de una base tan baja), que la tierra representaba un rubro muy secundario en los requerimientos iniciales de capital (por otra parte reducidos) necesarios para establecer una explotación agropecuaria. Se ha estimado que en un momento tan tardío como la década de 1845-54, la tierra todavía representaba menos del 20 % del capital necesario para instalar una estancia ovina, mientras que la hacienda representaba cerca del 75 % del total.¹⁹ Este contexto peculiar ayuda a entender cómo Senillosa y otros tantos lograron amasar lo que más tarde llegaron a ser verdaderas fortunas territoriales. La era de la tierra barata, sin embargo, no estaba destinada a durar: como la propia sucesión de Senillosa lo indica, para comienzos de la década de 1860 el valor de la tierra se había más que duplicado y ya igualaba al de la inversión en ganado. A partir de ese momento se iniciaba una nueva etapa en la historia del capitalismo agrario en la pampa, y también en la vida de esta familia.

b. Felipe B. y Pastor Senillosa: empresarios rurales de la segunda mitad del siglo XIX

A los hijos de Senillosa, Felipe B. y Pastor, les tocó desenvolverse en un clima económico bien distinto al que marcó la vida de su padre. En el último tercio del siglo XIX la economía rural adquirió un nuevo dinamismo gracias a la expansión del lanar. Una inversión más sostenida de capital, así como una mayor atención a los problemas específicos de la producción, que creció en complejidad, se volvieron necesarios para asegurar la rentabilidad de una empresa rural.²⁰ El alza de los precios de la tierra subtiende este proceso. Al mismo tiempo, la afirmación del orden político tras la caída de Rosas, lenta y difícil pero cierta, permitió que el estado destinara mayores recursos a favorecer la expansión económica, y en definitiva creó mejores condiciones para el desarrollo de la producción. Estas transformaciones ofrecieron un nuevo marco para el desarrollo de la actividad empresarial en la pampa, que habría de dar lugar

a la aparición de nuevos tipos de empresarios.²¹ La trayectoria de esta segunda generación de Senillosos ejemplifica bien este cambio. Mientras que para el fundador de la familia la explotación rural siempre fue parte integrante de una empresa mercantil más vasta, la conducta empresarial de sus hijos se ajusta mejor al modelo de terrateniente especializado e innovador del último cuarto del siglo XIX. Fundadores y miembros muy activos de la Sociedad Rural (Felipe B. sería vicepresidente y Pastor secretario a fines de la década de 1870), colaboradores regulares de sus *Anales de la Sociedad Rural Argentina*, los hermanos Senillosa ilustran bien el cambio de percepción sobre las ventajas de la modernización rural, que en las décadas de 1870 y 1880 comenzaba a ganar adeptos entre las clases altas de Buenos Aires, y al mismo tiempo ofrecen dos ejemplos sugestivos sobre los motivos que llevaron a los empresarios a aumentar su especialización.

La prédica modernizadora voceada por estos hermanos se fundaba en su propia experiencia como empresarios rurales. Pastor y Felipe B. comenzaron a administrar sus negocios muy jóvenes; a la muerte de su padre Felipe B. contaba con 20 años y Pastor con 16. En sintonía con un sistema de producción que se volvía más intensivo en capital, desde que asumieron la dirección de los negocios de la familia, Felipe B. y Pastor comenzaron a hacer fuertes inversiones para mejorar la explotación: en alambrados, galpones, obras de drenaje, arbolado.²² El juicio sucesorio de Felipe Senillosa, tramitado entre 1858 y 1863, nos proporciona los primeros indicios de estos cambios. Hasta 1858 la estancia de La Fortuna (que formaba parte del campo El Venado), prácticamente carecía de árboles. Pero ya en el inventario de 1862 se mencionan 3282 duraznos y 456 álamos de 4 años, que fueron tasados en \$ 15.000, una cifra que equivale a un cuarto del valor total de las mejoras de este establecimiento. En Arroyo Chico, en esos años también se plantaron 1200 acacias y duraznos.²³

El objetivo de estas inversiones era incrementar la capacidad de carga de la tierra y posibilitar la mejora del ganado. Los Senillosa fueron de los primeros estancieros en el Plata en prestar atención al mejoramiento de sus rodeos. En 1859 sentaron las bases de una cabaña de ovinos destinada a dotar de reproductores a la empresa de la familia. Esta práctica todavía estaba poco difundida incluso entre grandes propietarios, e implicaba una inversión considerable. No resulta posible establecer el valor de la cabaña en esos años, pero para 1862 los animales padres de El Venado fueron tasados en \$ 73.000. Esta cifra era apenas inferior al valor de todas las mejoras, estimado en \$ 89.000.²⁴

La crisis económica de mediados de la década de 1860, que se acompañó por una fuerte apreciación del peso, y por tanto volvió menos atractivo el negocio de exportación, afectó las finanzas de la familia, e hizo dudar a la viuda de Senillosa (que no permanecía al margen de los asuntos económicos), sobre las ventajas de continuar colocando capital en su empresa rural y de privilegiar la tierra sobre otras formas de inversión. En carta a Juan Negrón de fines de 1865, Pastora Botet pintaba un panorama poco alentador de los negocios rurales de la familia. “Ud. sabe que en este tiempo sufrimos una horrible ceca, y fueron tanto los [animales] enfermos, que hubo que tomar dinero a interés, y los gastos eran inmensos, en los establecimientos, que hasta este momento todavia estoi comprometida.”²⁵ Meses más tarde volvía a insistir sobre los problemas de la producción rural señalando que “las estancias están mui mal, nos encontramos con la mitad del valor que tenían antes”, para finalizar lamentándose de “no aber hecho lo que me aconsejaron ... que bendia la estancia, y pusiera el dinero en fincas.”²⁶

Las palabras de Pastora Botet remiten a una experiencia que parece propia del

empresariado de la primera mitad de siglo, y cuyas premisas su esposo, de haber vivido, seguramente hubiese compartido. Para estos empresarios, acostumbrados a desenvolverse en un clima económico plagado de incertidumbres, afectado por guerras civiles, bloqueos comerciales, crisis políticas recurrentes y gobiernos escasamente confiables, la diversificación de activos y la dispersión de riesgos parecen haber tomado primacía sobre la apuesta a largo plazo al crecimiento de un rubro de actividad. Para la segunda mitad de la década de 1860, los incentivos para invertir a largo plazo en el sector rural habían aumentado significativamente, en especial por los progresos en la consolidación del estado y la fuerte expansión del capitalismo agrario en la región. Los hijos de Pastora parecen haber compartido esta percepción, y en consecuencia optaron por imponerle otro rumbo a los negocios de la familia: en lugar de actuar con la lógica eminentemente especulativa y mercantil que había signado la vida empresarial de su padre, insistieron en unir su suerte a la de la expansión de la economía lanar. Para ello no sólo mantuvieron sus principales activos en la tierra sino que, en medio de la crisis de mediados de la década, optaron por capear los tiempos difíciles profundizando el proceso de inversión. La pronunciada baja del precio de los lanares en esos años les brindó la posibilidad de mejorar la calidad de su hacienda a bajo costo. Durante la crisis muchos propietarios en apuros se vieron obligados a desprenderse de sus mejores animales. Felipe B. y Pastor aprovecharon estas circunstancias para comprar ovinos de buena calidad a bajo precio. Para hacer frente a la caída de las cotizaciones de sus productos, también establecieron una grasería, en la que beneficiaron animales de poco valor.²⁷ Parece razonable argumentar que el respaldo financiero de que gozaban debe haber contribuido a sostener este proyecto durante los tiempos difíciles. En ese período en el que un sistema institucionalizado de acceso al crédito todavía no se había desarrollado, su posición seguramente les permitió acceder a dinero con mayor facilidad que a empresarios rurales menos poderosos.²⁸

Gracias a su capacidad no sólo para enfrentar sino también para sacar provecho de la crisis, algunos años más tarde las lanas y los reproductores de los Senillosa se contaban entre los mejores del mercado.²⁹ En 1879 la cabaña del establecimiento El Venado, que hasta entonces sólo criaba reproductores para satisfacer las necesidades de la empresa familiar, comenzó a vender sus productos con marcado éxito.³⁰ Para la década de 1870, la empresa de los Senillosa se había transformado sustancialmente. En 1885 Felipe B. se ufana de que desde hacía una década sus lanas alcanzaban los mejores precios del mercado.³¹

En la década de 1880, tras la muerte de la viuda de Senillosa, los hermanos dividieron sus negocios. Felipe B. quedó con las tierras de El Venado y Pastor con parte de la estancia de Ayacucho. Felipe B. continuó invirtiendo en El Venado, donde también erigió una gran residencia.³² A mediados de la década de 1890, después de más de treinta años al frente de sus negocios rurales, Felipe B. contrató a Pedro Pagés (uno de los primeros ingenieros agrónomos graduados en la Argentina, y presidente de la Sociedad Rural en la década de 1920) como socio administrador, y crecientemente se distanció de la gestión directa de su estancia. En 1889 todavía lo encontramos comprando reproductores en la Exposición Internacional de París, y recibiendo premios por sus productos.³³ Pero ya entonces alternaba su vida en Buenos Aires y en su estancia con prolongadas estancias en Europa, donde falleció en 1906, a los 58 años.³⁴

Felipe B. Senillosa ofrece un ejemplo de una figura característica del fin de siglo argentino: el estanciero que tras asegurarse una fortuna se dedica a vivir despreocupadamente de la renta de la tierra, o a perseguir otros objetivos públicos o privados. ¿Cómo se compara la estructura de su patrimonio con el de su progenitor? Felipe B. era lo más parecido a un terrateniente que no había invertido dinero sino en su estancia, ya que ésta, vendida en remate

en \$ 2.700.000, representaba el 93 % del valor de sus bienes, estimado en \$ 2.900.000.³⁵ Felipe B. era lo Si sumamos su residencia en Buenos Aires, valuada en \$ 100.000, o un 3,5 % del patrimonio, tenemos prácticamente la totalidad del activo de Senillosa. A diferencia de su padre, entonces, Felipe B. había concentrado sus activos en la producción, resignando toda actividad mercantil. Y así como el patrón de inversión que hemos analizado en el caso del primer Senillosa resultaba típico de la primera mitad del siglo XIX, otro tanto sucede con el de su hijo mayor para las décadas del cambio de siglo.

Un rápido cotejo con algunos de los mayores estancieros del período ilustra este punto, e indica que la concentración de activos en la producción rural entonces resultaba habitual (aunque es de destacar que, en general, el peso de la inversión en inmuebles urbanos es mayor que en el caso que estamos estudiando). Para ello hemos analizado la composición del patrimonio de quince grandes empresarios rurales fallecidos entre comienzos de la década de 1880 y la Primera Guerra Mundial, que poseían, al menos, 30.000 hectáreas. Esta muestra (de tamaño similar a la citada de Garavaglia por el período 1820-1853) comprende a varios de los terratenientes más poderosos del cambio de siglo, e incluye a Saturnino y Mariano Unzué, Nicolás Anchorena, Leonardo Pereyra, Diego de Alvear, Félix de Alzaga, Julio A. Roca, Ramón Santamarina y Pedro Luro. Lo que se advierte inmediatamente es que, en claro contraste con lo sucedido en las décadas que sucedieron a la independencia, medio siglo más tarde, la inversión en la actividad rural es la base sobre la cual se erigen estas fortunas. Para todo el grupo en consideración, la inversión en estancias alcanza al 78 %, y aquella en propiedad urbana y suburbana al 14 %. La inversión en activos líquidos (efectivo, acciones) y emprendimientos comerciales y financieros es ciertamente marginal, y apenas alcanza al 6 % de estos patrimonios.³⁶

Las fortunas de estos grandes estancieros del cambio de siglo, que coronaban la cúspide de la burguesía argentina, tuvieron como base principal (y en algunos casos excluyente) la producción rural y la valorización del suelo. En sus rasgos básicos, este proceso de especialización resulta sencillo de explicar. Para mediados de siglo la participación en actividades muy diversas, pero especialmente mercantiles, resultaba corriente entre grandes propietarios, pero en el último cuarto de siglo la consolidación de un sistema bancario y financiero más sofisticado y eficiente, así como de redes de comercialización más complejas, favorecieron la especialización. La creciente sofisticación de los mercados locales e internacionales, así como el formidable aumento del comercio de exportación, dieron lugar a la aparición de poderosas empresas, algunas de capital nacional y otras extranjeras, con una presencia dominante en rubros tales como la consignación y acopio de ganados y frutos del país, la importación de productos manufacturados extranjeros, la exportación de lanas y cueros, y algo más tarde de carnes y granos. Empresas consignatarias como Pedro y Antonio Lanusse o Devoto y Cía, o exportadores de lana como Bracht y Van Peborgh, para no hablar de Bunge y Born y las otras dos o tres empresas más que controlaban el comercio exterior de granos, o el puñado de empresas frigoríficas que dominaban las exportaciones de ganado, tejieron cada uno en su terreno una densa red que les permitió controlar el grueso de la actividad de comercialización y/o financiación de la producción agraria.³⁷ Sólo unos pocos grandes terratenientes, como los Santamarina o los Martínez de Hoz, con sus casas consignatarias, lograron mantener alguna presencia, muy menor, en el ámbito de la circulación. De todos modos, es probable que la mayoría de los que debieron ceder posiciones en los circuitos de comercialización y financiación viese este cambio sin gran dramatismo: para muchos de ellos, la alta rentabilidad garantizada por la actividad rural seguramente operó como un incentivo para concentrarse en la producción.

Adoptando esta estrategia basada en la especialización, Felipe B. no igualó los logros económicos de su padre, y ciertamente al morir no se contaba entre los hombres más ricos de su tiempo. Ello se advierte comparando la fortuna de Senillosa con la de Mariano Unzué, quizás el hombre más rico del cambio de siglo (ciertamente más rico que Ernesto Tornquist, el financista más importante de la época), también fallecido en 1906. Unzué había logrado reunir una fortuna casi quince veces más grande que la de Senillosa, de casi \$ 35 millones m/n (o \$ 15 millones oro) también compuesta mayoritariamente (en un 79 %) por 248.000 hectáreas de campos, gran parte de las cuales habían sido compradas por el propio Unzué a lo largo de su dilatada vida. Este terrateniente poseía casas y solares por el 8,8 % de su patrimonio, y papeles (en su gran mayoría de renta fija) por un 7,3 % de su fortuna.³⁸ Al igual que Senillosa, entonces, Unzué había abandonado los emprendimientos mercantiles que habían hecho la fortuna de su padre, y se había dedicado a invertir en tierra. La diferencia principal entre uno y otro, y en definitiva el elemento central que explica las diferencias de magnitud entre estas fortunas, parece clara: mientras que Senillosa se dedicó a invertir capital en el establecimiento que heredó de su padre sin incrementar su patrimonio territorial, Unzué (como Anchorena, Pereyra o Alvear) apostó a multiplicar su patrimonio inmobiliario antes que a invertir sus excedentes para volver más productivas las tierras que compraba.

Felipe B. Senillosa murió en Barcelona en 1906. El hecho de que no dejara sino una hija legítima, casada con un hombre de sólida posición, debe haber contribuido a que en sus últimos años se desentendiera de la administración de su fortuna, adoptando la posición de un rentista antes que la de un empresario. Como veremos a continuación, la historia de su hermano Pastor sería bien distinta. Su familia extremadamente numerosa, en la que se destacaban sus once hijos, lo obligó a adoptar una actitud que contrasta con el sereno otoño en el que se consumió la vida del señor de El Venado.

Al dividirse la sociedad familiar, Pastor quedó al frente de la casa comercial que los hermanos habían heredado de su padre, y que para la década de 1880 se había concentrado en la importación de productos españoles.³⁹ Además de este comercio, Pastor poseía San Felipe, una estancia de 8.000 hectáreas dedicada a la cría de ovejas, y, en menor medida, de vacunos y caballos. Los productos de esta estancia gozaban de gran reconocimiento, a punto tal que en 1895 obtuvo los precios más altos pagados en Buenos Aires por lanas finas. Sus caballos también eran particularmente renombrados.⁴⁰ *La Agricultura* afirmaba en 1895 que gracias a antecedentes de este tipo “el establecimiento San Felipe ha alcanzado la fama que merecidamente goza y ... se le pued[e] en justicia citar como modelo.”⁴¹

Reconocimiento y éxito empresarial no son siempre sinónimos. En la primera mitad de la década de 1890, el sector rural atravesó años difíciles. Algunos estancieros de peso fueron a la quiebra, y muchos otros, entre los que se encontraba Pastor Senillosa, enfrentaron severas dificultades.⁴² Los problemas del sector se debieron principalmente a una fuerte y sostenida baja de los precios de la producción rural. Las cotizaciones de la lana, por ejemplo, cayeron a la mitad entre 1889 y 1893, y otro tanto sucedió con los precios de los granos. Para complicar más las cosas, una prolongada sequía, la más severa en treinta años, devastó la campaña de Buenos Aires en 1893 y 1894.⁴³ Los problemas de Pastor se agudizaron porque su casa comercial resultó severamente afectadas por la crisis. La correspondencia familiar sugiere que Senillosa liquidó la casa con grandes pérdidas, y desde entonces no volvió a incursionar en el terreno mercantil. A fines de 1894 la esposa de Pastor le relataba a su hermano las penurias que

atravesaban. Las ventas de ganado habían sido especialmente malas, probablemente por la sobreoferta provocada por la sequía.⁴⁴ En 1896 Pastor todavía tenía grandes deudas, y su espíritu era pesimista: “cuanto toco ahora todo se me vuelve caca”, le confiaba a uno de sus hijos.⁴⁵

Para fines de la década la situación de Pastor mejoró, seguramente aliviada por el alza general de los precios agropecuarios. Dos largos viajes a Europa con su mujer Elvira Chopitea y sus hijos menores a comienzos de la década de 1900 sugieren que sus finanzas se encontraban más estabilizadas, aunque todavía arrastraba deudas que lo acompañarían hasta su muerte. Para entonces varios de sus hijos varones habían alcanzado la mayoría de edad y se volvía imprescindible dotarlos de medios que les permitiesen reproducir el estilo de vida de clase alta de la familia. No parece aventurado conjeturar que si Pastor hubiese tenido menos descendientes, sus últimos años no hubiesen sido muy distintos a los de su hermano. Pero sus once hijos que llegaron a la edad adulta (de los cuales nueve eran varones y sólo dos mujeres) le creaban enormes problemas, ya que el número de personas a las que debía buscarle ocupación amenazaba desbordar sus recursos. La fortuna que había heredado había sido suficiente como para que Pastor mantuviera los patrones de consumo típicos de su grupo social. Pero la división del patrimonio territorial entre sus once herederos simplemente hacía imposible que la tierra cumpliera el papel que hasta entonces había desempeñado como base de sustentación de la familia. Como su hermano, Pastor Senillosa fue un gran terrateniente. Sus hijos nunca llegarían a serlo.

c. Los hijos de Pastor Senillosa: profesionales y empresarios en los sectores secundario y terciario de la economía

Pastor era consciente de este problema. En 1898, su hijo Eduardo se vio tentado a estudiar agronomía. A pesar de que Pastor se veía a sí mismo como un terrateniente modernizador, recibió esta noticia con desagrado, ya que consideraba que esa elección le impediría a Eduardo labrarse una posición independiente. La administración de los negocios rurales de la familia no requería más que de la colaboración de Roberto, uno de sus hijos mayores, que vivía permanentemente en San Felipe. Según afirmaba Pastor, la insuficiencia de la base territorial de la familia condenaría a Eduardo a trabajar para otros y a renunciar a la posibilidad de hacer fortuna. La actitud de Pastor siguiere bien que consideraba que una empresa rural sólo cobraba verdadero sentido si se disponía de una gran explotación, que hiciese posible obtener ganancia (en concepto de retribución a la actividad empresarial) a la vez que renta (en concepto de retribución a la propiedad del suelo).⁴⁶ La propiedad de la tierra constituía la base del éxito de una empresa y, además, tenía el incentivo adicional de la valorización a largo plazo. Con un título de ingeniero agrónomo pero sin poseer una gran propiedad, insistía Pastor, Eduardo “será mayordomo de algún estabto. importante y se ocupará personalmente de una chacra sembrando y sacando el *lirico* provecho de sus estudios ... olvida que no tengo tantos bienes para dar a cada uno diferente ocupación ... Eduardo tiene y debe seguir sus estudios preparatorios y una vez terminados seguir una carrera cuyo capital sea su título, abogado o ingeniero.”⁴⁷ Pastor concluía que sus hijos “a mi lado nunca serán nada, esto en caso de tener en que ocuparlos ... es necesario que c/u busque el medio de ayudar y no estar mamando a dos por teta ... se aniquilan los terneros o la vaca muere estenuada.”⁴⁸

Jorge Sábato ha descripto a Pastor Senillosa como un ejemplo típico del empresario de fin de siglo que buscaba colocar sus activos en distintas esferas de actividad con el fin de “descremar el mercado” y obtener retornos más altos. Esta visión merece reparos. Pastor no

tenía dudas sobre el valor de la tierra, a la que prefería por sobre cualquier otra forma de inversión. Así, por ejemplo, en 1905 insistía en que “cualquier capital empleado en tierra aunque por ahora no produjese renta es un gran negocio. A la vuelta de un par de años se encuentran en el valor de ella acumulados los intereses y una pingue ganancia.”⁴⁹ Felipe G., uno de sus hijos mayores que había accedido al disfrute de la renta de una propiedad en Uruguay gracias a su matrimonio con Hortensia Cumplido, compartía estas ideas. Felipe G. insistía en que “la tierra se compra, pero no se vende aun a riesgo de comer cáscaras, pues que la renta no está en proporción con el capital que representan los campos ni muchísimo menos.”⁵⁰

El formidable aumento de los valores inmobiliarios en la pampa tras la recuperación económica que sucedió a la Crisis de Barings ayuda a explicar este entusiasmo por la tierra. Sin embargo, para los Senillosa, este proceso de valorización tenía dos caras: al mismo tiempo que incrementaba el precio de las tierras que ya poseían, se erigía como el principal obstáculo para futuras adquisiciones. De hecho, todas las compras realizadas por el joven Felipe G. en esos años fueron en zonas de calidad inferior, en La Pampa y Chubut, a precios inferiores a \$ 4 la hectárea.⁵¹ Y lo mismo puede decirse de las adquisiciones de su padre, entre las que se destacan las 23 leguas (57.500 hectáreas) que compró en Salta a mediados de la década de 1900 por \$ 620.000, y que destinó a la explotación forestal.⁵² Conviene poner estas compras en perspectiva. Los avisos de venta de tierras publicados en la prensa en esos años indican que entonces se ofrecían regularmente campos en Salta y la Patagonia a valores que oscilaban entre \$ 1 y \$ 10 la hectárea, mientras que tierras ganaderas de la provincia de Buenos Aires se vendían a valores entre 10 y 30 veces más altos. El valor de la estancia San Felipe, de unas 8.000 hectáreas, fue estimado para entonces, con sus ganados y mejoras, en \$ 2,5 millones.⁵³ Es decir que el precio de 2.000 hectáreas, con sus ganados, en la pampa bonaerense excedía al de toda la propiedad que Pastor compró en Salta (treinta veces más extensa). El paso del tiempo no iba a modificar esta situación, ya que las tierras extra-pampeanas nunca serían objeto de nada similar a la formidable valorización que entonces afectaba a la fértil tierra de la pampa húmeda. En definitiva, para principios de siglo comprar tierras fuera de la pampa podía ofrecer un negocio atractivo, pero estaba lejos de ser un pasaporte a la prosperidad.

Si le hubiese resultado posible, Senillosa hubiese destinado sus recursos a la compra de tierra pampeana. Pero para el cambio de siglo, ya no podía emular las grandes adquisiciones que su padre había hecho en la primera mitad del siglo. Se ha calculado que entre 1843-49 y comienzos de la década de 1880 el precio de la tierra se incrementó unas veinte veces, y luego continuó subiendo.⁵⁴ Tras una baja pronunciada en la primera mitad de la década de 1890, asociada a la crisis del noventa, el alza de los valores inmobiliarios sólo se detuvo en las vísperas de la Primera Guerra Mundial.⁵⁵ Para la primera década del siglo, entonces, la compra de grandes extensiones en la pampa se había vuelto sencillamente inalcanzable. Es comprensible entonces que para 1909, a Juan Antonio Senillosa, uno de los hijos de Pastor, sólo le quedara la esperanza, nunca realizada, de “aprovechar del gran land-boom de la Patagonia.”⁵⁶

La imposibilidad de comprar tierra en la pampa, entonces, contribuye a explicar por qué Pastor se vio tentado a favorecer el ingreso de sus hijos en campos de actividad distintos a la producción agropecuaria de exportación. Es más, contra lo que ha sugerido Jorge Sábato, para Pastor Senillosa la diversificación de activos no respondía al imperativo de la maximización de las ganancias sino al de la reproducción de la familia. En rigor, no se trataba tanto de buscar ganancias extraordinarias, sino de orientar a sus descendientes varones hacia actividades que exigían inversiones iniciales menos cuantiosas que una explotación rural en la pampa, o,

alternativamente, de hacer el gasto necesario para impulsarlos a “seguir una carrera cuyo capital sea su título”.

No tenemos oportunidad de analizar aquí la trayectoria de los hijos de Pastor Senillosa. Basta mencionar que algunos de ellos optaron por carreras profesionales (en derecho, arquitectura, la banca y la diplomacia) y otros, ayudados por su padre con adelantos de capital, se orientaron hacia la actividad empresarial (dos de ellos montaron una empresa de construcciones de cemento armado, otro se dedicó a la fabricación de alimentos). A comienzos de siglo, otros realizaban estudios superiores en Estados Unidos.

Las erogaciones destinadas a afrontar los gastos de su extensa prole pesaron sobre las finanzas de Senillosa. En 1906 Pastor escribía a su hijo Julio, que estudiaba en Estados Unidos, y le recomendaba mesura en los gastos.⁵⁷ Dos años más tarde volvía a pedirle que no incurriera en excesos para “conservar sano el nombre que mis padres me legaron.”⁵⁸ El dinero que, en distintos momentos, Pastor les adelantó a sus hijos para instalar sus emprendimientos, debió constituirse en una presión adicional sobre sus finanzas, de por sí comprometidas por deudas y gastos excesivos. Es probable que, dadas estas circunstancias, Senillosa estuviese gastando más de lo aconsejable. Ello parece haber afectado a su empresa rural.

La situación de su estancia en la primera década del siglo avala esta hipótesis. En el último tercio del siglo XIX, San Felipe aparecía entre las estancias más modernas y prestigiosas de la Argentina. Para el Centenario, sin embargo, ya no se encontraba en ese grupo selecto. Aunque por largos años no tenemos registro de que los Senillosa percibiesen el problema, la empresa parece haber sufrido un proceso de desinversión relativa precisamente cuando, tras la crisis del noventa, la ganadería pampeana entraba en una acelerada fase de mejoramiento, y las empresas agrarias requerían de nuevas inyecciones de capital para modernizarse y mantener sus márgenes de beneficio. La apertura de mercados europeos para el ganado en pie y, poco más tarde, para el elaborado por las empresas frigoríficas, estaba en la base de este proceso de cambio ganadero. El forzó a los estancieros a invertir fuertemente en la mejora de praderas y ganados.

Pastor Senillosa no se adaptó bien a este cambio. Su empresa agraria no estaba en condiciones para sacar las mayores ventajas de esta nueva etapa de expansión, ya que las tierras de Ayacucho no eran las más aptas para el desarrollo de las praderas artificiales favorecidas por las nuevas técnicas de producción de ganado refinado. De alguna manera, el azar aquí jugó contra Pastor. Las tierras que su padre había elegido con conocimiento y cuidado, especialmente aptas para la ganadería previa a la era del alambrado y las aguadas artificiales, se revelaron menos adecuadas cuando cambió la tecnología ganadera. Pero de todas formas la empresa perdió terreno precisamente en aquel campo que hasta entonces había sido su fuerte: la cría de reproductores y haciendas finos. Aunque ello no parece deberse a una percepción equivocada del rumbo que tomaba el negocio ganadero, para mediados de la década de 1900, sin embargo, los Senillosa comenzaron a advertir que su cabaña no estaba a la altura de sus competidores, que ofrecían productos mejor adaptados a la demanda de las empresas frigoríficas y los mercados europeos. En 1907, Roberto, el administrador de San Felipe insistía en que “hoy todo el mundo tiene bueno y forman legión los que tienen haciendas de primer orden: Alvear, Unzué, Martínez de Hoz, Ramos Mejía, Cobo, Villanueva, López, Urquiza, y mil otros que se han preocupado y gastado una fortuna en reproductores.”⁵⁹ Reflexionando sobre los márgenes de beneficio obtenidos en los años previos, observaba que éstos sólo

alcanzaban a la mitad de los esperados. “Papá tiene invertido entre propiedad y haciendas muy cerca de \$ 2.500.000 m/n lo que debe representar una ganancia líquida de \$ 250.000. Sin embargo como las haciendas de San Felipe no son lo que se debe desear, ya en clase, tipo, reputación y sangre, y como los gastos son enormes para el mantenimiento, resulta que no se consigue jamás sacar al capital una ganancia mayor al 4 a 5 %.”⁶⁰

En esos años, Pastor Senillosa intentó incursionó en nuevos campos de actividad, quizás con el objetivo de compensar la baja de sus ingresos rurales. Junto a Alfredo Demarchi y Victorino de la Plaza, lanzó el Banco de Fomento Industrial Americano. Esta empresa no sobrevivió a una fase exploratoria, ya que la suscripción inicial de acciones decepcionó al directorio.⁶¹ Significativamente, Senillosa señalaba que en su gran mayoría, los grupos económicamente dominantes veían que la tierra, de rendimiento seguro, resultaba una opción más atractiva que la inversión en papeles. Las sociedad por acciones, se lamentaba, “en su mayor parte fracasan ... la mayoría de los ricos emplean sus economías en la compra de propiedades, hipotecas, etc., y no entran en el asunto de tomar acciones de nacientes compañías.”⁶² Pastor también integró el directorio de una empresa creada para explotar la paja del lino, que tampoco tuvo suerte.⁶³

Estos emprendimientos bancarios e industriales (como antes otros intentos de atraer inversiones norteamericanas) sugieren que uno de los problemas de Senillosa como empresario era la falta de capital; en todos los casos, se trataba de proyectos que dependían de inversionistas externos a la familia. Para entonces Senillosa cargaba con una hipoteca sobre San Felipe y con otras deudas que le resultaba difícil servir. En 1906, Roberto argumentaba que era imprescindible sanear la situación financiera de la familia, pues las erogaciones superaban a los ingresos. El “fuerte quebranto” dejado por la casa comercial en la década de 1890, los gastos de Estados Unidos y los de la “inmensa” familia en Buenos, afirmaba, comprometían severamente el patrimonio: “hay deuda y grande, si no se trata terminarla nos comería íntegros.”⁶⁴

Comprometidos por gastos excesivas, y falta de ingresos provenientes de otra fuente, Senillosa no tenía muchas opciones para enfrentar la pérdida de rentabilidad de su empresa. Desgraciadamente, no tenemos información suficiente para evaluar sus opciones. Es posible hipotetizar, sin embargo, que una fuerte inversión de capital orientada a mejorar sus haciendas y volver a San Felipe más rentable parecía hallarse fuera de las posibilidades, o no atraía, a un empresario tan endeudado. Quizá por ello Senillosa, que entonces sufrió una grave enfermedad, se inclinó por liquidar casi toda la hacienda y una parte sustancial de la cabaña y arrendar la mayor parte del campo. A fines de 1907, remató alrededor de 14.000 vacunos, 35.000 ovinos y 1.300 equinos. El dinero obtenido por la venta del ganado fue destinado en su mayoría a saldar compromisos y refinanciar deudas. Pastor también les compró a sus hermanas (con una hipoteca) su parte de la vieja residencia familiar ubicada en el centro de la ciudad que, cuando los Senillosa se trasladaron al año siguiente a un gran *petit hotel* en el nuevo Barrio Norte, fue destinada a casa de renta. Parte de lo obtenido por la venta de las haciendas se empleó para pagar el campo de 23 leguas de Salta, adquirido poco tiempo antes, y lo poco que sobró no alcanzó para equipar la cabaña con nuevos reproductores.⁶⁵ Desde entonces, los Senillosa se quedaron con una explotación reducida a menos de una legua. La renta de San Felipe y de su antigua residencia en el centro de la ciudad les brindaba un ingreso de casi \$ 140.000 anuales, a lo que debe sumarse el ingreso generado por las tierras de Salta.⁶⁶ El monto exacto de sus deudas, sin duda alto, nos resulta desconocido.

Desde 1906, entonces, Pastor Senillosa, disminuido físicamente, adoptó (y esto lo acerca a su hermano) una estrategia más rentística. Pastor falleció en su querido San Felipe en la primavera de 1910. Aunque no ha sido posible localizar su juicio sucesorio, perdido en los vericuetos de un sistema judicial poco cuidadoso de su memoria, la información que ofrece el archivo familiar indica con claridad que su patrimonio se componía, prácticamente en su totalidad, por su estancia y otras propiedades rurales y urbanas. Lo único que tenía bajo otra forma eran deudas. A sus herederos les resultó difícil servir estas deudas, en especial desde el comienzo de la Gran Guerra. La guerra provocó una contracción marcada del crédito junto a una grave crisis del comercio exterior. Ello afectó duramente a los Senillosa, así como a todos los que dependían de la producción rural. Con la interrupción de la actividad exportadora, los Senillosa vieron reducidos sus ingresos, mientras que sus gastos y obligaciones no se reducían en igual proporción. A fines de 1914 la joven Mabel relataba que “hay días de total carencia como los recién pasados. Los pocos arrendamientos llegan en retardo y en pequeñas entregas.”⁶⁷ Pocos meses Eduardo, uno de los hijos de Pastor, se quejaba de que “todos estamos con la soga al cuello y si las cosas no mejoran no se donde vamos a parar. Ya no queda nada que vender o empeñar, si el país no reacciona todos nos iremos al diablo ... Por defender San Felipe y esta casa se hacen proezas.”⁶⁸

Estas dificultades, de todos modos, deben ponerse en perspectiva. Aun en estos años de privaciones, y en un país en el que la fuerza de trabajo nunca había sido barata, esta familia todavía mantenían ocho sirvientes en la casa.⁶⁹ A pesar de todos sus problemas, los Senillosa encontraron muy difícil adaptarse a un estilo de vida más modesto que el que acostumbraban llevar. Así, pues, no sorprende que sus gastos pesaran cada vez más sobre un ingreso cada vez más reducido, y por tanto menos capaz de sostener a la viuda de Pastor y sus hijas e hijos solteros, sobre todo porque sus deudas se abultaron durante la guerra. Incapaces de moderar sus erogaciones, los Senillosa debieron deshacerse de bienes a un ritmo cada vez más rápido para enfrentar el creciente desbalance entre sus ingresos y sus gastos. En 1919 ya se habían desprendido de la cabaña San Felipe. Tres años más tarde volvieron a vender tierra, esta vez más de 1.000 hectáreas.⁷⁰ Desde entonces sólo lograron conservar extensiones reducidas de tierra y la mansión familiar.⁷¹

Gradualmente desvinculados de la tierra, faltos del talento empresario que hizo la fortuna de su abuelo, ninguno de los hijos de Pastor logró replicar los éxitos de sus mayores. La historia de los Senillosa después del Centenario es la historia de una familia que conserva el recuerdo de un pasado glorioso y que mantiene sus vinculaciones con la elite argentina, pero que se confunde cada vez más con las clases medias altas. Hacia fines de la década de 1910, casi todos ellos vivían del fruto de su propio trabajo. En esos años encontramos a Ernesto como gerente de un banco, a Carlos como comerciante de frutos, a Eduardo en diversos negocios rurales, y a Guillermo como geólogo en el Ministerio de Agricultura. Roberto pasó las décadas finales de su vida en el directorio de Obras Sanitarias y luego en el de la Lotería Nacional. Julio, por su parte, se ganó la vida como arquitecto. Juan Antonio y Mabel, que permanecieron solteros, debieron mantenerse con rentas cada vez más reducidas. Felipe G. fue el único de estos Senillosa que logró erigir y mantener una empresa agraria. De todos modos, en muchos aspectos su historia no se distingue de la de sus hermanos, pues para él también la economía urbana se convirtió en la fuente principal de sus ingresos. De modo comprensible, el rastro del resto de los hermanos se vuelve más tenue con el paso del tiempo, en especial cuando, tras la muerte de Pastor y de su esposa, la familia dejó de funcionar como una unidad económica y social. A fines de la década de 1930 los Senillosa vendieron la casa familiar y donaron el archivo que por más de un siglo habían recolectado con notable conciencia de propia excepcionalidad.

d. Conclusiones: transformaciones de la élite económica a lo largo de un siglo

La historia de Felipe Senillosa ofrece un ejemplo paradigmático de las vías de ascenso económico abiertas por la reorientación de la economía pampeana hacia la producción rural que sucedió a la Revolución de Mayo. El ingeniero Senillosa llegó al Plata sin otro capital que su saber, pero pronto comenzó a orientar sus magros recursos hacia la producción y el comercio. Senillosa fue uno de tantos nativos o inmigrantes que advirtieron que el camino hacia el éxito económico pasaba por tomar parte en el proceso de expansión ganadera que tomó impulso tras la independencia. Para ello no contaba con capital pero en cambio sí poseía un recurso entonces particularmente escaso: información. Senillosa conocía como pocos las nuevas tierras de frontera que el estado independiente estaba transfiriendo al dominio privado, y esto, junto a sus aceitados contactos con los gobernantes de ese propio estado, le dieron el empujón inicial para construir su fortuna territorial. Este último aspecto de la historia de Senillosa nos remite a otras similares, como las de Simón Pereyra, o la de los propios Anchorena, en la que las estrechas vinculaciones con el estado -como proveedores, como compradores de tierra- resultan un elemento central a la hora de explicar su éxito económico.

Senillosa actuó en terrenos de índole muy diversa: producción rural, comercio al menudeo, comercio de importación y exportación, renta urbana. Como hemos tenido oportunidad de señalar, la actitud de Senillosa resulta característica de la estrategia económica fundamental de la elite de la primera mitad del siglo XIX. Este patrón de inversiones, signado por la diversificación de activos y la participación en distintos emprendimientos mercantiles y productivos, resultaba adecuado a las circunstancias impuestas por una economía en veloz crecimiento, pero también sometida a grandes incertidumbres y falta de claras perspectivas de estabilidad en el largo plazo.

Si bien Senillosa dispersó sus activos, desde el inicio la producción rural tuvo un peso decisivo en sus emprendimientos. La reducida inversión inicial necesaria para establecer una empresa rural le permitió la adquisición de grandes extensiones de tierra antes de que, hacia mitad de siglo, ésta comenzara a aumentar su precio en forma más acelerada. Visto desde esta perspectiva, Felipe Senillosa ofrece un ejemplo ilustrativo de cómo en la primera mitad del siglo XIX la compra de grandes extensiones de tierra podía hacerse sin desembolsos iniciales significativos, y de cómo ello contribuyó a crear un nuevo grupo de grandes terratenientes, mucho más poderosos que sus antecesores de los tiempos coloniales. Comenzando por el arrendamiento bajo el sistema de enfiteusis, para pasar luego a la compra de tierras ya en manos privadas, o de tierras estatales, la orientación de las ganancias obtenidas en la propia actividad rural o en sus anexos mercantiles ofrecía una vía hacia la adquisición de la propiedad inmueble que éste y otros hombres sin fortuna recorrieron con éxito.

Los hijos de Felipe, que alcanzaron la madurez entrada la segunda mitad del siglo XIX, se desempeñaron en un clima económico distinto, signado por una fuerte expansión agraria y un acelerado proceso de valorización de la propiedad rural. La gradual consolidación del orden político en el último tercio del siglo también contribuyó a impulsar esta nueva fase de desarrollo agrario en la pampa. Felipe B. y Pastor respondieron a este nuevo contexto profundizando el proceso de inversión en las estancias que habían heredado de su padre. Una inversión sostenida de capital en sus empresas rurales les permitió mantener la posición que sus progenitores habían alcanzado en la élite porteña de la primera mitad del siglo XIX. Los hermanos Senillosa se contaron entre los estancieros progresistas más destacados de su tiempo,

y fueron empresarios rurales de un modo que nunca lo había sido su padre. A diferencia del primer Senillosa, para quien la actividad productiva no era sino un momento de una empresa mercantil más vasta, para sus hijos la producción rural conformó el corazón de su actividad empresarial. Las trayectorias de Felipe B. y Pastor ilustran los estímulos que impulsaron a muchos empresarios de la segunda mitad de siglo a tomar el camino de la especialización en la producción primaria, entre los que se cuenta en primer lugar la expectativa de grandes beneficios que “la fiebre del lanar” trajo consigo.

Como lo muestra el caso de Pastor, éstos estímulos no eran sólo positivos (aunque seguramente en la mayoría de los casos éstos a la larga resultan los más importantes). En efecto, en las últimas décadas del siglo aparecieron poderosas empresas que ganaron una presencia dominante en la actividad de importación y exportación, en el comercio interno y en el ámbito bancario y financiero. Como consecuencia de estas transformaciones, las antiguas prácticas mercantiles perdieron vigencia. En sintonía con este cambio, Felipe B. optó muy temprano por desvincularse de toda actividad comercial para concentrarse en la producción. Pastor, en cambio, mantuvo su negocio de importación hasta que fue duramente golpeado por la depresión económica de comienzos de la década de 1890. Si bien entonces abandonó esta actividad, no lo hizo sin costo, pues desde entonces arrastró una deuda que lo acompañó hasta su muerte. Aunque no podemos estimar la importancia del pasivo originado en la caída de su casa comercial, no parece arriesgado aseverar que el estado más saludable de las cuentas de su hermano Felipe B. se debe en parte a que al desligarse de toda participación en la esfera mercantil para concentrarse en la producción rural tomó una decisión que se revelaría justa.

Si lo que hemos sugerido en este artículo es correcto, parece necesario concluir que la historia de estas dos generaciones de la familia Senillosa, que cubren el período que va de los inicios de la expansión ganadera que sucedió a la independencia hasta el cambio de siglo, ofrece una perspectiva alternativa a la que nos propone Jorge Sábato para entender la evolución de la elite económica decimonónica. Para el autor de *La clase dominante en la Argentina moderna*, el gran empresariado de la pampa de la primera mitad del siglo puede ser descrito como una elite fundamentalmente terrateniente, que, al calor de la creciente complejización que la economía argentina vivió en las décadas finales del siglo, amplió sus inversiones hacia otros sectores de la economía, hasta conformar, hacia el cambio de siglo, un empresariado fuertemente diversificado. En rigor, la trayectoria de Felipe Senillosa y sus hijos -cada una de ellas típica del gran empresariado de su tiempo- se entiende mejor en el marco de una visión que en ciertos aspectos resulta inversa a la sugerida por Sábato. Ella ilustra no tanto la transformación de una elite terrateniente en un empresariado diversificado, sino, más bien, la formación de un gran empresariado terrateniente (así como de grupos empresarios especializados en otras esferas) a partir de orígenes muy diversos, pero fundamentalmente mercantiles.

Para la generación de Senillosas que comenzó a alcanzar edad adulta a fines del siglo XIX, la opción por la especialización en la producción rural resultaba menos atractiva. El crecimiento de la familia de Pastor hizo que su base territorial se volviera cada vez más insuficiente para garantizarle un ingreso sostenido. Por otra parte, para fines del siglo XIX, el ascenso vertiginoso del precio de la propiedad rural tornaba imposibles las grandes compras de tierra que caracterizaron al fundador de la familia. El cierre de la frontera modificó sustancialmente el horizonte en el cual actuaron los empresarios rurales. Aquí advertimos el que fue quizás el mayor error de esta segunda generación de Senillosas como empresarios. Una comparación con otros propietarios rurales del período indica bien algunas de sus debilidades,

que por cierto también afectaron a otras familias de terratenientes progresistas como los Gibson, los Olivera o los Frers. En el largo plazo, éstos quizá resultaron menos exitosos que los Guerrero, los Unzué, los Pereyra o los Anchorena, no tanto porque no modernizaron sus explotaciones o porque no invirtieron capital en nuevas esferas de actividad sino porque no adquirieron más propiedad rural cuando, antes de la década de 1880, ello todavía se encontraba dentro de sus posibilidades. Los Senillosa, por ejemplo, no tomaron parte en las grandes ventas de tierra que resultaron de la última etapa de expansión de la frontera, a fines de la década de 1870 y comienzos de la de 1880. Significativamente, la comparación de estas trayectorias invita a sacar una conclusión poco edificante: los empresarios rurales más innovadores no necesariamente fueron más exitosos que aquellos que se dedicaron, primero que nada, a acumular tierra.

Acicateado por la caída de su ingreso rural, los años del cambio de siglo nos muestran a Pastor Senillosa intentando incursionar, con más desesperación que entusiasmo, en nuevas esferas de actividad. En esta etapa final de su vida como empresario, cosechó más fracasos que éxitos, y no logró revertir sus problemas económicos, ni los de su empresa rural, que en esos años perdió rentabilidad. Los peores temores de Pastor no se hicieron realidad mientras él se mantuvo vivo, pero el resultado a mediano plazo fue la relajación del lazo entre la nueva generación y la propiedad territorial. La “vaca lechera”, (así se refería a su empresa rural), no quedó “estenuada”, pero perdió capacidad para sostener a la tercera generación de Senillosas.

Felipe B., que dejó una única hija, no debió preocuparse por el problema, pero los hijos de Pastor tuvieron que enfrentar las consecuencias del achicamiento de su base territorial. Aun cuando consideraban a la tierra segura y rentable, cuando alcanzaron edad adulta muchos de ellos se vieron forzados a ingresar en nuevas esferas de actividad en los sectores secundario y terciario de la economía o a ganarse la vida como profesionales. Para esta tercera generación de Senillosas, la incursión en nuevos campos de actividad fue consecuencia no tanto de un intento por diversificar activos sino que resultó fundamentalmente de la erosión de su base territorial, y la consecuente una caída del ingreso proveniente de la tierra. Así, los jóvenes Senillosa anticiparon el camino que otros vástagos de familias terratenientes recorrieron más tarde, en especial desde la década de 1930, cuando la crisis agraria aumentó los problemas vinculados a la fragmentación patrimonial.

El ingreso de los hijos de Pastor en la economía urbana no significa que necesariamente debían perder posiciones en el mundo de las clases altas. Durante el cambio de siglo, el desarrollo de una economía pujante y diversificada abrió nuevas oportunidades económicas gracias a las cuales aparecieron nuevas formas de labrar una fortuna. Los jóvenes Senillosa simplemente carecieron de la suerte o de las habilidades necesarias como para triunfar en este nuevo contexto. No se trataba de falta de disposición para encarar los desafíos que les planteaba la moderna economía urbana. Como lo sugiere el vivo interés que en ellos despertó la sociedad norteamericana, y sus permanentes intentos de incorporar sus novedades al medio argentino, los Senillosa (al igual que generaciones previas de la familia), formaron parte del mundo de las clases altas abierto al futuro. Sus trayectorias poco destacadas no tienen nada de excepcional: en efecto, en parte por su propio crecimiento demográfico, parece razonable concluir que fueron más los miembros de las viejas elites que a lo largo de este período perdieron posiciones que los que lograron permanecer en la cumbre.

NOTAS:

* (Universidad Nacional de Quilmes, CONICET). Domicilio: Roque Sáenz Peña 180 (1876) Bernal. Te: 4365-7100, interno 209. E-mail: rhora@unq.edu.ar.

¹ Jorge F. Sábato, *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características* (Buenos Aires, 1991).

² Las hipótesis de Sábato han tenido una marcada influencia sobre la historiografía argentina de las últimas dos décadas. Estudios como los de Hilda Sabato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar* (Buenos Aires, 1989), y Jorge Schvarzer, *La industria que supimos conseguir* (Buenos Aires, 1996), que analizan distintos segmentos del empresariado, desarrollan algunas de sus hipótesis. Entre los trabajos generales que adoptan sus puntos de vista cabe destacar, entre otros, a Luis A. Romero, *Breve Historia Contemporánea de la Argentina* (Buenos Aires, 1994), esp. 23, David Rock, *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Alfonsín* (Buenos Aires, 1988), y Alain Rouquié, "Hegemonía militar, estado y dominación social", en A. Rouquié (compilador), *Argentina, hoy* (Buenos Aires, 1982), esp. 38-44. Para un análisis de las ideas de Jorge Sábato, véase Hilda Sabato, "La cuestión agraria pampeana: un debate inconcluso", *Desarrollo Económico* (1987), Larry Sawers, "Agricultura y estancamiento económico en Argentina: a propósito de las tesis de Jorge F. Sábato", en *Ciclos*, IV:7 (1994), Eduardo Sartelli, "El enigma de Proteo", *Ciclos* V:9 (1995), y Fernando Rocchi, "En busca del empresariado perdido: los industriales argentinos y las tesis de Jorge Federico Sábato", *Entrepasados*, V:10 (1996).

³ Archivo Senillosa, Archivo General de la Nación, Sala VII (en adelante, AS), 2-5-10. Vicente Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)* (Buenos Aires, 1985), IV, 67-71. Fernando Aliata, "Senillosa, Felipe", en AAVV, *Diccionario Histórico de Arquitectura, Hábitat y Urbanismo en la Argentina* (Buenos Aires, edición preliminar s/f), 360-3.

⁴ El estudio clásico sobre este proceso es Tulio Halperin Donghi, "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires", en Torcuato Di Tella y Tulio Halperin Donghi, *Los fragmentos del poder* (Buenos Aires, 1969). Para una discusión de algunas contribuciones más recientes, Raúl Fradkin, "Tulio Halperin Donghi y la formación de la clase terrateniente porteña", en *Anuario IEHS 10*, reproducido en Roy Hora y Javier Trimboli (editores), *Discutir Halperin. Siete ensayos sobre la contribución de Tulio Halperin Donghi a la historia argentina* (Buenos Aires, 1997), 71-111.

⁵ Juan Carlos Garavaglia, "Patrones de inversión y 'elite económica dominante': los empresarios rurales en la pampa bonaerense a mediados del siglo XIX", en Jorge Gelman, Juan Carlos Garavaglia y Blanca Zeberio (editores), *Expansión capitalista y transformaciones regionales. Relaciones sociales y empresas agrarias en la Argentina del siglo XIX* (Buenos Aires/Tandil, 1999). Para el caso de las provincias litorales, puede consultarse José Carlos Chiamonte, *Mercaderes del litoral* (Buenos Aires, 1991). Para las décadas centrales del siglo, véase Hilda Sabato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890* (Buenos Aires, 1989), 160, 169.

⁶ Jacinto Oddone, *La burguesía terrateniente argentina* (Buenos Aires, 1967), 88. Sobre la enfiteusis, María Elena Infesta, "La enfiteusis en Buenos Aires (1820-1850)", en Marta Bonaudo y Alfredo Pucciarelli (compiladores), *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones* (Buenos Aires, 1993) vol. I, 93-120.

⁷ Media legua en Quilmes en 1828, y algunos años más tarde, tres cuartos de legua en el Arroyo Camarón. Véase Andrés M. Carretero, "Contribución al conocimiento de la propiedad rural en la provincia de Buenos Aires para 1830", en *Boletín del Instituto Ravignani*, XIII: 22-23 (1970), 290; Oddone, *La burguesía terrateniente*, 135.

⁸ Carlos Mayo, *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820* (Buenos Aires, 1995), 38-42; Sábato, *Capitalismo y ganadería*.

⁹ AS, 2-5-10.

¹⁰ Felipe Senillosa a Juan Negrón, 18 agosto 1846, AS, 2-5-7.

¹¹ M. Churchill a Felipe Senillosa, 8 marzo 1854, AS, 2-5-10. Felipe Senillosa a Pedro Bernal, 14 junio

1853, AS, 2-5-10.

¹² Halperin Donghi, “La expansión ganadera”, 34. SFS, ff. 33-34.

¹³ Felipe Senillosa a Angel Calderón de la Barca, 2 junio 1850, en AS, 2-5-10.

¹⁴ Roberto Cortés Conde, *Dinero, deuda y crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina, 1862-1890* (Buenos Aires, 1989), apéndice I.

¹⁵ SFS.

¹⁶ Garavaglia, “Patrones de inversión”.

¹⁷ Halperin Donghi, “La expansión ganadera”, 28.

¹⁸ Estimaciones recientes sugieren que el suelo comenzó a incrementar su precio desde 1815 y que alcanzó un pico en 1828, para caer con posterioridad; los valores alcanzados en 1828 no fueron superados hasta la segunda mitad de la década de 1840. Véase Juan Carlos Garavaglia, “La economía rural de la campaña de Buenos Aires vista a través de sus precios (1754-1852)”, mimeografiado, s/f.

¹⁹ Sabato, *Capitalismo y ganadería*, 151.

²⁰ *Ibid*, 165-8.

²¹ Sobre este tema, Roy Hora, *The Landowners of the Argentine Pampas. A Social and Political History, 1860-1945* (Oxford, 2001), cap. 1.

²² “El Venado, del Sr. Felipe Senillosa”, *El campo y el sport*, 18 marzo 1893, 693-694; “San Felipe, del Señor Pastor Senillosa”, *El campo y el sport*, 18 abril 1893, 808-809. “Establecimiento ‘San Felipe’”, 571-3.

²³ SFS, ff. 12, 30.

²⁴ SFS, ff. 9. Sobre la cabaña, véase Estanislao Zeballos, *A través de las Cabañas* (Buenos Aires, 1888), 74, 91-100; y Gibson, *The History and Present State of the Sheep-Breeding Industry in the Argentine Republic* (Buenos Aires, 1893), 33-6.

²⁵ Pastora B. de Senillosa a Juan Negrón, 21 diciembre 1865, AS, 2-5-10 .

²⁶ *Ibid*, AS, 2-5-10.

²⁷ Felipe Senillosa, “La cría del merino y el cultivo de la lana”, *ASRA*, XIX 14 (1885), 314-318.

²⁸ Sobre banca y crédito en este período, véase Sabato, *Capitalismo y ganadería*, 252-85; Charles Jones, *British Financial Institutions in Argentina, 1860-1914* (tesis de doctorado inédita, Universidad de Cambridge, 1983); Norberto Piñero, *La moneda, el crédito y los bancos en la Argentina* (Buenos Aires, 1921).

²⁹ Gibson, *The History*; Zeballos, *A través de las Cabañas*.

³⁰ Zeballos, *A través de las Cabañas*, 74, 91-100.

³¹ Felipe Senillosa, “La cría”, 316.

³² Sucesión Felipe B. Senillosa, Archivo de la Justicia Federal, legajo 2808, ff. 291, 844-7.

³³ Gibson, *The History*, 195; “Señor Felipe Senillosa”, 169; Carlos Lix Klett, *Estudios*, tomo II, 1185.

³⁴ Una biografía de Felipe Senillosa, con un detalle de sus escritos, en *Boletín de la Liga Agraria*, X:9-12 (1906), 159-61.

³⁵ Detalles sobre el remate de el Venado en *La Nación*, 8 mayo 1907, 11.

³⁶ Sucesiones de Nicolás Anchorena, Diego de Alvear, Félix de Alzaga, Carlos Casares, Urbano Duhau, Pedro Luro, Benjamín Martínez de Hoz, Saturnino Unzué, Guillermo Udaondo (en AGN), y sucesiones de Eduardo Olivera, Julio A. Roca, Ramón Santamarina, Ramón Santamarina (h), José Santamarina y Mariano Unzué, en el Archivo de la Justicia Federal. Un tratamiento más extenso de este problema en mi “¿Clase dominante o burguesía terrateniente? Sobre las clases propietarias argentinas, 1880-1940”, presentado en las XVII Jornadas de Historia Económica, Tucumán, Argentina, septiembre de 2000.

-
- ³⁷ Carlos Marichal, “La gran burguesía comercial y financiera de Buenos Aires, 1860-1914: anatomía de cinco grupos”, trabajo presentado en las XVI Jornadas de Historia Económica, Quilmes, Argentina, 1998.
- ³⁸ Hora “¿Clase dominante o burguesía terrateniente?”
- ³⁹ Consúltense los avisos de la casa publicados en órganos de prensa como el *Periódico del Estanciero y Anales de la Sociedad Rural Argentina*.
- ⁴⁰ “Establecimiento ‘San Felipe’”, 572. *La Agricultura*, 453, 3 octubre 1901, 743.
- ⁴¹ “Establecimiento ‘San Felipe’”, 573.
- ⁴² Ezequiel Gallo, *La pampa gringa* (Buenos Aires, 1983), 183-5. Herbert Gibson, *The History*, 96.
- ⁴³ Noel H. Sbarra, *Historia del alambrado en la Argentina* (Buenos Aires, 1964), 29-31.
- ⁴⁴ Elvira Chopitea de Senillosa a Juan Antonio Chopitea, 15 octubre 1894, AS, 2-5-11.
- ⁴⁵ Pastor Senillosa a Felipe G. Senillosa, 13 noviembre 1896, AS, 2-5-11.
- ⁴⁶ El problema ha sido analizado por Ernesto Laclau, “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno”, en Marcos Giménez Zapiola (comp.) *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)* (Buenos Aires, 1975) y por Guillermo Flichman, *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino* (Méjico, 1977).
- ⁴⁷ Pastor Senillosa a Felipe G. Senillosa, 15 marzo 1898, AS, 2-5-11.
- ⁴⁸ *Ibid.*
- ⁴⁹ Pastor Senillosa a Juan A. Senillosa, 9 abril 1905, AS, 2-6-2.
- ⁵⁰ Felipe Senillosa a Juan A. Senillosa, 27 junio 1906, AS, 2-6-7. También Eduardo a J. A. Chopitea, 21 noviembre 1904, Senillosa, 2-6-1.
- ⁵¹ Eduardo Senillosa a Juan Antonio Chopitea, 21 noviembre 1904, AS, 2-6-1.
- ⁵² Ernesto Senillosa a Julio Senillosa, 10 abril 1907, AS, 2-6-4.
- ⁵³ Eduardo Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 19 septiembre 1907, AS, 2-6-4. Esta cifra no es muy distinta a la del precio de venta de El Venado, que tenía una extensión similar, y que había sido realizada poco antes.
- ⁵⁴ Sabato, *Capitalismo y ganadería*, 63.
- ⁵⁵ Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino* (Buenos Aires, 1979), 162-73.
- ⁵⁶ Eduardo Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 19 enero 1909, AS, 15-4-5.
- ⁵⁷ Pastor Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 2 diciembre 1906, AS, 2-6-3.
- ⁵⁸ Pastor Senillosa a Julio Senillosa, 18 julio 1908, AS, 2-6-5.
- ⁵⁹ Eduardo Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 29 septiembre 1907, AS, 2-6-4.
- ⁶⁰ Eduardo Senillosa a Julio y Juan Antonio Senillosa, 19 septiembre 1907, AS, 2-6-4.
- ⁶¹ Juan Antonio Senillosa a Felipe Senillosa, 15 marzo 1907, AS, 2-6-4.
- ⁶² Pastor Senillosa a Juan Antonio Senillosa 28 abril 1907, AS, 2-6-4.
- ⁶³ Pastor Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 16 enero 1908, AS, 2-6-5.
- ⁶⁴ Roberto Senillosa a Felipe G. Senillosa sin fecha (1906).
- ⁶⁵ Pastor Senillosa a Roberto Senillosa, 14 octubre 1908, AS, 2-6-5.
- ⁶⁶ Ricardo Senillosa a Roberto y Felipe Senillosa, 20 mayo 1908, AS, 2-6-5.
- ⁶⁷ Mabel Senillosa a Julio Senillosa, 15 noviembre 1914, AS, 14-4-5.

⁶⁸ Eduardo Senillosa a Julio Senillosa, 18 noviembre 1914, AS, 14-4-5.

⁶⁹ Mabel Senillosa a Julio Senillosa, 24 julio 1917, AS, 15-4-6.

⁷⁰ M. G. Basavilbaso, *Las cabañas argentinas* (Buenos Aires, 1919); *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires* (1922), 1321.

⁷¹ Guillermo Senillosa a sus hermanos, 2 abril 1925, AS, 15-4-6.